

Robert E. Howard

Nacerá Una  
Bruja



**E LEJANDRIA**

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **NACERÁ UNA BRUJA**

**ROBERT E. HOWARD**

**PUBLICADO: 1934  
FUENTE: STANDARD EBOOKS  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# I - LA MEDIALUNA ROJO SANGRE

Taramis, reina de Khauran, despertó de un sueño poblado de pesadillas en una quietud que parecía más el silencio de unas catacumbas en tinieblas que el sosiego normal de un palacio dormido. Yacía mirando a la oscuridad, preguntándose por qué se habían apagado las velas en sus candelabros de oro. Un salpicado de estrellas marcaba un ventanal enrejado en oro, que no daba ninguna luz al interior de la estancia. Pero, tendida allí, Taramis advirtió un punto de resplandor que se encendía ante ella en la negrura. Observó, perpleja. Crecía y su intensidad se hacía más profunda a medida que se expandía, un disco creciente de luz lívida suspendido contra los colgantes de terciopelo oscuro de la pared opuesta. Taramis contuvo el aliento, incorporándose de golpe hasta quedar sentada. En aquel círculo de luz se veía un objeto oscuro: una cabeza humana.

En súbito pánico, la reina entreabrió los labios para llamar a sus doncellas; luego se contuvo. El resplandor era más lúgubre, la cabeza se delineaba con más viveza. Era una cabeza de mujer, pequeña, delicadamente modelada, de porte soberbio, con una masa erguida de lustroso cabello negro. El rostro se hizo nítido mientras ella miraba—y fue la visión de aquel rostro lo que heló el grito en la garganta de Taramis. ¡Los rasgos eran los suyos! Hubiera dicho que miraba en un espejo que alteraba sutilmente su reflejo, prestándole a los ojos un fulgor de tigre, un rizo vindicativo al labio.

—¡Ishtar! —jadeó Taramis—. ¡Estoy hechizada!

Horriblemente, la aparición habló, y su voz fue como veneno azucarado.

—¿Hechizada? No, dulce hermana. Aquí no hay brujería.

—¿Hermana? —balbuceó la desconcertada joven—. Yo no tengo hermana.

—¿Nunca tuviste una hermana? —vino la voz dulce, con una burla venenosa—. ¿Nunca una hermana gemela cuya carne fuera tan blanda como la tuya para acariciar... o para herir?

—Bueno, una vez tuve una hermana —respondió Taramis, aún convencida de que estaba presa de alguna especie de pesadilla—. Pero murió.

El bello rostro del disco se convulsionó con el aspecto de una fiera; tan infernal se volvió su expresión que Taramis, encogiéndose, casi esperaba ver serpientes retorcerse silbando en torno a la nívea frente.

—¡Mientes! —la acusación fue escupida entre los rojos labios que gruñían—. ¡No murió! ¡Necia! ¡Basta ya de esta farsa! Mira... ¡y que tu vista quede abrasada!

La luz corrió de pronto por los colgantes como serpientes flamígeras, e increíblemente las velas de los candelabros de oro volvieron a arder. Taramis se agazapó en su diván de terciopelo, las ágiles piernas flexionadas bajo el cuerpo, con los ojos muy abiertos ante la figura de pantera que posaba burlona ante ella. Era como si contemplara a otra Taramis, idéntica a sí misma en cada contorno de rostro y miembro, pero animada por una personalidad extraña y maligna. El rostro de aquella forastera reflejaba lo contrario de cuanto denotaba el semblante de la reina. Lujuria y misterio centellean en sus ojos rutilantes; crueldad acechaba en el rizo de sus llenos labios rojos. Cada movimiento de su cuerpo flexible tenía una sutil sugestión. Su peinado imitaba el de la reina; calzaba sandalias doradas como las que Taramis llevaba en su tocador. La túnica de seda, sin mangas y de escote bajo, ceñida a la cintura con una cinta de brocado de oro, era un duplicado del traje de noche de la reina.

—¿Quién eres? —jadeó Taramis, con un frío helado, inexplicable, recorriéndole la espalda—. ¡Explica tu presencia antes de que llame a mis damas para que convoquen a la guardia!

—Grita hasta que se rajen las vigas del techo —respondió con desdén la desconocida—. Tus zorras no despertarán hasta el alba, aunque el palacio se incendie a su alrededor. Tus guardias no oirán tus chillidos; los he mandado fuera de esta ala del palacio.

— ¡Qué! — exclamó Taramis, endureciéndose con majestad ultrajada—. ¿Quién se atrevió a dar tal orden a mis guardias?

— Yo, dulce hermana — se mofó la otra—. Hace un ratito, antes de entrar. Creyeron que era su adorada reina. ¡Ah! ¡Qué bien interpreté el papel! ¡Con cuánta dignidad imperiosa, suavizada por dulzura femenina, me dirigí a esos grandullones que hincaban la rodilla en su armadura y cascos emplumados!

Taramis tuvo la sensación de que una red asfixiante de desconcierto se cerraba en torno a ella.

— ¿Quién eres? — clamó desesperada—. ¿Qué locura es ésta? ¿Por qué vienes aquí?

— ¿Quién soy? — había siseo de cobra envenenada en la suave respuesta. La muchacha dio un paso hasta el borde del lecho, aferró con dedos fieros los hombros blancos de la reina y se inclinó para mirarla de lleno a los ojos. Y, bajo el hechizo de aquella mirada hipnótica, la reina se olvidó de resentirse por el inédito ultraje de manos violentas posadas en carne regia.

— ¡Necia! — gruñó la joven entre dientes—. ¿Puedes preguntarlo? ¿Puedes extrañarte? ¡Soy Salomé!

— ¡Salomé! — Taramis exhaló la palabra, y se le erizaron los cabellos al comprender la verdad increíble y paralizante de la afirmación—. Yo pensé que habías muerto a la hora misma de tu nacimiento — dijo débilmente.

— Eso creyeron muchos — respondió la mujer que se llamó Salomé—. Me llevaron al desierto para que muriera, ¡malditos! Yo, un bebé gimeante y lloroso cuya vida era tan joven que apenas era el titilar de una vela. ¿Y sabes por qué me llevaron a morir?

— Y... yo he oído la historia... — balbució Taramis.

Salomé rió fieramente y se golpeó el seno. La túnica de escote bajo dejaba desnuda la parte superior de sus firmes pechos, y entre ellos brillaba una marca curiosa: una medialuna, roja como la sangre.

— ¡La marca de la bruja! — gritó Taramis, reculando.

— ¡Sí! — la risa de Salomé tenía filo de daga—. ¡La maldición de los reyes de Khauran! Sí, cuentan el relato en los mercados, meneando las bar-

bas y con los ojos en blanco, ¡los piadosos idiotas! Dicen cómo la primera reina de nuestra estirpe trató con un demonio de tinieblas y le parió una hija que vive en la leyenda infame hasta hoy. Y después, en cada siglo, nació en la dinastía askhauriana una niña con una media luna escarlata entre los pechos, señal de su destino.

—«Cada siglo nacerá una bruja». Así corría la antigua maldición. Y así ha venido cumpliéndose. A algunas las mataron al nacer, como quisieron matarme a mí. Otras anduvieron por la tierra como brujas, orgullosas hijas de Khauran, con la luna del infierno ardiendo sobre sus marfiles. A cada una la llamaron Salomé. Yo también soy Salomé. Siempre fue Salomé, la bruja. Siempre será Salomé, la bruja, aun cuando las montañas de hielo hayan rugido desde el polo y triturado las civilizaciones hasta hacerlas ruina, y un mundo nuevo se levante de las cenizas y el polvo—entonces también habrá Salomés caminando por la tierra, atrapando corazones de hombres con su hechicería, danzando ante los reyes del mundo, viendo caer las cabezas de los sabios a su antojo.

—Pero... pero tú... —tartamudeó Taramis.

—¿Yo? —los ojos rutilantes ardieron como fuegos oscuros de misterio—. Me llevaron al desierto, lejos de la ciudad, y me tendieron desnuda sobre la arena caliente, bajo el sol ardiente. Y luego cabalgaron lejos y me dejaron para los chacales y los buitres y los lobos del desierto.

—Pero la vida en mí era más fuerte que la vida de la gente común, pues participa de la esencia de las fuerzas que hierven en los abismos negros más allá del saber mortal. Pasaron las horas, y el sol hendía como llamas fundidas del infierno, pero no morí—sí, algo de aquel tormento lo recuerdo, débil y remoto, como se recuerda un sueño vago y sin forma. Entonces hubo camellos, y hombres de piel amarilla que vestían túnicas de seda y hablaban en lengua extraña. Perdidos de la ruta de caravanas, pasaron muy cerca, y su jefe me vio, y reconoció la media luna escarlata de mi pecho. Me alzó y me dio vida.

—Era un mago de lejanos Khitai, que volvía a su reino natal tras un viaje a Estigia. Me llevó con él a la púrpura Paikang, sus alminares alzándose entre selvas de bambú festoneadas de vides, y allí crecí hasta la madurez bajo su enseñanza. La edad lo había calado de negra sabiduría, no debilitado sus poderes del mal. Muchas cosas me enseñó...

Se interrumpió, sonriendo enigmática, con un malvado misterio reluciendo en sus ojos oscuros. Luego sacudió la cabeza.

—Al fin me echó, diciendo que no era sino una bruja común pese a sus enseñanzas, indigna de mandar la poderosa hechicería que quería enseñarme. Dijo que me haría reina del mundo y gobernaría las naciones a través de mí, pero que yo no era más que una ramera de las tinieblas. ¿Y qué? Jamás hubiera soportado recluirme en una torre de oro y pasar largas horas mirando en un globo de cristal, mascullando conjuros escritos en piel de serpiente con sangre de vírgenes, hojeando volúmenes mohosos en lenguas olvidadas.

—Dijo que no era más que un duende terrenal, ignorante de los más hondos abismos de la brujería cósmica. Bien, este mundo contiene cuanto deseo: poder, pompa, deslumbrante suntuosidad, hombres apuestos y mujeres suaves para mis amantes y mis esclavos. Me había dicho quién era, la maldición y mi herencia. He vuelto para tomar aquello a lo que tengo tanto derecho como tú. Ahora es mío por derecho de posesión.

—¿Qué quieres decir? —Taramis saltó en pie y encaró a su hermana, aguijoneada fuera de su desconcierto y miedo—. ¿Imaginas que, drogando a unas cuantas de mis doncellas y engañando a algunos de mis guardias, has establecido un derecho al trono de Khauran? ¡No olvides que yo soy la Reina de Khauran! Te daré un lugar de honor, como mi hermana, pero...

Salomé rió con odio.

—¡Qué generosa, querida y dulce hermana! Pero, antes de que empieces a ponerme en mi sitio... ¿tal vez me digas de quién son los soldados acampados en la llanura, fuera de las murallas?

—Son los mercenarios shemitas de Constantius, el voivoda kothio de las Compañías Libres.

—¿Y qué hacen en Khauran? —gorjeó Salomé.

Taramis sintió que la estaban burlando sutilmente, pero respondió con una dignidad apenas sentida.

—Constantius pidió permiso para bordear Khauran en su camino hacia Turán. Él mismo está en rehenes por su buen comportamiento mientras estén en mis dominios.

— Y Constantius —prosiguió Salomé—. ¿No te pidió hoy tu mano?  
Taramis le lanzó una mirada enturbiada de sospecha.

—¿Cómo lo sabes?

Un encogimiento insolente de los hombros desnudos fue la única respuesta.

—¿Rehusaste, dulce hermana?

—¿Desde luego que rehusé! —exclamó Taramis con ira—. ¿Tú, una princesa askhauriana, supones que la Reina de Khauran podría tratar una propuesta así con otra cosa que no fuera desdén? ¿Casarme con un aventurero sanguinario, un hombre desterrado de su propio reino por sus crímenes, y jefe de saqueadores organizados y asesinos a sueldo?

—Nunca debí haberle permitido traer a sus barbudos matarifes a Khauran. Pero está prácticamente preso en la torre del sur, custodiado por mis soldados. Mañana le ordenaré que mande a sus tropas salir del reino. Él quedará cautivo hasta que crucen la frontera. Mientras tanto, mis soldados ocupan las murallas de la ciudad, y le he advertido que responderá por cualquier atropello perpetrado contra villanos o pastores por sus mercenarios.

—¿Está confinado en la torre del sur? —preguntó Salomé.

—Eso he dicho. ¿Por qué preguntas?

Por respuesta, Salomé palmoteó y, alzando la voz, con un gorjeo de cruel alegría, llamó:

—¡La reina te concede audiencia, Halcón!

Se abrió una puerta arabesca de oro y entró un hombre alto en la estancia; al verlo, Taramis prorrumpió en asombro e ira.

—¡Constantius! ¡Te atreves a entrar en mis aposentos!

—Como ves, Majestad. —Inclinó la oscura cabeza de halcón con fingida humildad.

Constantius, a quien llamaban el Halcón, era alto, de hombros anchos y cintura esbelta, flexible y fuerte como acero dúctil. Era apuesto de un modo aguileño y despiadado. El sol le había tostado el rostro, y su pelo, que re-

traía la línea desde la frente alta y estrecha, era negro como ala de cuervo. Sus ojos oscuros eran penetrantes y alertas; la dureza de sus labios finos no la suavizaba el bigote, también fino y negro. Calzaba botas de cordobán; sus calzas y jubón eran de seda oscura, lisa, ajada por los campamentos y manchada por el óxido de la armadura.

Retorciéndose el bigote, paseó la mirada arriba y abajo por la reina, que se encogía, con una desfachatez que la hizo estremecerse.

—Por Ishtar, Taramis —dijo sedoso—, te encuentro más seductora en tu túnica de noche que con tus atavíos regios. ¡Verdaderamente, es una noche propicia!

El miedo creció en los ojos oscuros de la reina. No era tonta; sabía que Constantius jamás osaría tal ultraje si no estuviera seguro de sí mismo.

—¡Estás loco! —dijo—. Si estoy en tu poder en esta cámara, no menos estás tú en poder de mis súbditos, que te harán pedazos si me tocas. Márchate ahora mismo, si quieres vivir.

Ambos rieron con burla, y Salomé hizo un gesto impaciente.

—Basta de farsa; pasemos al siguiente acto de la comedia. Escucha, dulce hermana: fui yo quien envió a Constantius aquí. Cuando decidí tomar el trono de Khauran, busqué a un hombre que me ayudara y elegí al Halcón por su absoluta carencia de todo rasgo que los hombres llaman bueno.

—Me siento abrumado, princesa —murmuró Constantius sardónicamente, con una profunda reverencia.

—Lo mandé a Khauran y, una vez que sus hombres acamparon en la llanura y él estaba en el palacio, yo entré en la ciudad por la puertecilla del muro occidental—los necios que la guardaban creyeron que eras tú, que volvías de alguna aventura nocturna...

—¡VÍBORA! —Las mejillas de Taramis se encendieron y su resentimiento venció su reserva regia.

Salomé sonrió con dureza.

—Se sorprendieron y escandalizaron debidamente, pero me admitieron sin preguntas. Entré en el palacio del mismo modo, y di la orden, para asombro de los guardias, que los envió a marchar, así como a los hombres

que custodiaban a Constantius en la torre sur. Luego vine aquí, atendiendo a las damas de compañía por el camino.

Los dedos de Taramis se crisparon y palideció.

—¿Y ahora qué? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Escucha! —Salomé inclinó la cabeza. Débilmente, por el ventanal, llegó el son de hombres en armas, el chasquido de sus pasos; voces roncadas gritaban en lengua extraña, y a los alaridos se mezclaban clamores de alarma.

—El pueblo despierta y tiene miedo —dijo Constantius con sorna—. Será mejor que vayas a tranquilizarlos, Salomé.

—Llámame Taramis —respondió Salomé—. Debemos acostumbrarnos.

—¿Qué has hecho? —clamó Taramis—. ¿Qué has hecho?

—He ido a las puertas y he ordenado a los soldados que las abrieran —respondió Salomé—. Se quedaron pasmados, pero obedecieron. Ese ejército del Halcón que oyes es el que entra en la ciudad.

—¡Demonio! —gritó Taramis—. ¡Has traicionado a mi pueblo, con mi figura! ¡Me has hecho parecer una traidora! ¡Oh, iré a ellos...!

Con una risa cruel, Salomé le atrapó la muñeca y la tiró hacia atrás. La magnífica flexibilidad de la reina nada pudo hacer contra la fuerza vindicativa que templaba los miembros esbeltos de Salomé.

—¿Sabes cómo llegar a las mazmorras desde el palacio, Constantius? —dijo la bruja—. Bien. Lleva a este azote de lengua viva y enciérrala en la celda más fuerte. Los carceleros duermen todos, bien drogados. Yo me ocupé de eso. Envía a un hombre a degollarles antes de que despierten. Nadie debe saber jamás lo ocurrido esta noche. Desde ahora yo soy Taramis, y Taramis es una cautiva sin nombre en una mazmorra desconocida.

Constantius sonrió, dejando ver un destello de dientes blancos bajo el fino bigote.

—Muy bien; pero, ¿me negarás un poco de... ah... diversión primero?

—¡No yo! Domina a la altiva como quieras.

Con una carcajada maligna, Salomé arrojó a su hermana a los brazos del kothio y se volvió hacia la puerta que daba al corredor exterior.

El miedo agrandó los bellos ojos de Taramis; su figura flexible quedó rígida, forcejeando contra el abrazo de Constantius. Se olvidó de los hombres que marchaban en las calles, olvidó el ultraje a su realeza ante la amenaza a su condición de mujer. Olvidó toda sensación salvo terror y vergüenza al enfrentar el cinismo absoluto de los ojos ardientes y burlones de Constantius, al sentir los brazos duros aplastando su cuerpo retorcido.

Salomé, apresurándose por el corredor, sonrió aviesa cuando un grito de desesperación y agonía tembló a través del palacio.

## II - EL ÁRBOL DE LA MUERTE

Las calzas y la camisa del joven soldado estaban manchadas de sangre seca, mojadas de sudor y grises de polvo. La sangre rezumaba de la profunda hendidura del muslo, de los cortes en el pecho y el hombro. El sudor brillaba en su rostro lívido y sus dedos se anudaban en la cubierta del diván donde yacía. Y sin embargo sus palabras reflejaban un sufrimiento mental que sobrepasaba al dolor físico.

— ¡Tiene que estar loca! — repetía una y otra vez, como quien sigue aturcido por algún hecho monstruoso e increíble—. ¡Es como una pesadilla! ¡Taramis, a quien todo Khauran ama, traicionando a su pueblo a ese diablo de Koth! ¡Oh, Ishtar, por qué no me mataron? ¡Mejor morir que vivir para ver a nuestra reina tornarse traidora y ramera!

— Quédate quieto, Valerius — suplicó la muchacha que lavaba y vendaba sus heridas con manos temblorosas—. ¡Por favor, quédate quieto, cariño!

Empeorarás tus heridas. No me atreví a llamar a un sanador...

—No —murmuró el herido—. Los diablos de barbas azules de Constantius estarán registrando los barrios en busca de khauranos heridos; colgarán a todo hombre que muestre heridas de haber luchado contra ellos. ¡Oh, Taramis, cómo pudiste traicionar al pueblo que te adoraba!

En su feroz agonía se retorció, llorando de rabia y vergüenza, y la aterrada joven lo rodeó con los brazos, apretando su cabeza convulsa contra su pecho, implorándole que callara.

—Mejor la muerte que la negra vergüenza que ha caído hoy sobre Khauran —gimió—. ¿Lo viste, Ivga?

—No, Valerius. —Sus dedos suaves y ágiles volvieron a la tarea, limpiando con cuidado y aproximando los bordes abiertos de sus llagas palpitantes—. Me despertó el ruido de la lucha en las calles... Miré por una ventana y vi a los shemitas acuchillando a la gente; luego te oí llamarme quedito desde la puerta del callejón.

—Había llegado al límite de mis fuerzas —murmuró—. Caí en el callejón y no pude alzarme. Sabía que pronto me hallarían si me quedaba allí... ¡Maté a tres de los barbudos, por Ishtar! ¡Ya no pavonearán por las calles de Khauran, por los dioses! ¡Los demonios están desgarrando sus corazones en el infierno!

La muchacha le arrulló con ternura, como a un niño herido, y selló sus labios jadeantes con su propia boca fresca y dulce. Pero el fuego que ardía en su alma no le permitiría guardar silencio.

—Yo no estaba en la muralla cuando entraron los shemitas —estalló—. Dormía en el cuartel, con los otros que no estaban de servicio. Era poco antes del alba cuando entró nuestro capitán, pálido bajo el casco. «Los shemitas están en la ciudad —dijo—. La reina vino a la puerta del sur y ordenó que se les admitiera. Hizo que los hombres bajaran de la muralla, donde han estado de guardia desde que Constantius entró en el reino. No lo entiendo, ni nadie; pero la oí dar la orden, y obedecimos como siempre. Se nos manda formar en la plaza ante el palacio. ¡Formad fuera del cuartel y marchad—dejad aquí vuestras armas y armaduras! Ishtar sabe lo que significa, pero es la orden de la reina.»

—Bien, cuando llegamos a la plaza, los shemitas estaban formados a pie frente al palacio, diez mil de esos demonios barbudos, completamente armados, y cabezas asomaban a cada ventana y puerta de la plaza. Las calles que desembocaban en ella hervían de gentes desconcertadas. Taramis estaba en los escalones del palacio, sola salvo por Constantius, que se retorció el bigote como un gran y flaco gato que acaba de devorar un gorrión. Pero cincuenta shemitas con arcos en las manos se alineaban debajo.

—Allí debía estar la guardia de la reina, pero estaban al pie de la escalinata, tan perplejos como nosotros, aunque habían venido completamente armados, pese a la orden de la reina.

—Taramis nos habló entonces, y dijo que había reconsiderado la propuesta que le hiciera Constantius — ¡ayer mismo se la arrojó a la cara en audiencia pública! — y que había decidido hacerlo su consorte real. No explicó por qué había traído tan traidoramente a los shemitas a la ciudad. Pero dijo que, como Constantius controlaba un cuerpo de hombres de guerra profesionales, el ejército de Khauran ya no sería necesario, y por lo tanto lo disolvía, y nos ordenaba volver tranquilamente a nuestras casas.

—La obediencia a nuestra reina es para nosotros una segunda naturaleza, pero quedamos mudos, sin encontrar palabra que responder. Rompimos filas casi sin darnos cuenta, como hombres en un sopor.

—Pero cuando a la guardia del palacio se le ordenó igualmente desarmarse y licenciarse, el capitán de la guardia, Conan, interrumpió. Se decía que la noche anterior estaba fuera de servicio y borracho. Pero ahora estaba bien despierto. Gritó a los guardias que permanecieran como estaban hasta recibir una orden suya — y tal es su ascendiente sobre sus hombres, que obedecieron pese a la reina. Subió los escalones del palacio y fulminó a Taramis — y entonces rugió: «¡Ésta no es la reina! ¡No es Taramis! ¡Es algún demonio disfrazado!»

— ¡Entonces el infierno se desató! No sé bien qué pasó. Creo que un shemita golpeó a Conan, y Conan lo mató. Al instante la plaza fue un campo de batalla. Los shemitas cayeron sobre los guardias, y sus lanzas y flechas abatieron a muchos soldados ya licenciados.

— Algunos de nosotros agarramos las armas que pudimos y devolvimos la lucha. Apenas sabíamos por qué peleábamos, pero era contra Constantius

y sus demonios — ¡no contra Taramis, lo juro! Constantius gritó que cortaran a los traidores. ¡No éramos traidores! — La desesperación y el desconcierto le sacudieron la voz. La muchacha murmuró compasiva, sin comprenderlo todo, pero doliéndole el sufrimiento de su amante.

— El pueblo no sabía a qué bando unirse. Fue una locura de confusión y desconcierto. Nosotros, los que peleábamos, no teníamos oportunidad, sin formación, sin armadura y medio armados apenas. Los guardias estaban armados por completo y formados en cuadro, pero eran sólo quinientos. Cobraron alto precio antes de caer, pero no podía haber otro final para tal combate. Y mientras su pueblo era degollado ante ella, Taramis estaba en los escalones del palacio, con el brazo de Constantius en la cintura, ¡y reía como una hermosa y desalmada diablesa! ¡Dioses, todo está loco — loco!

— Nunca vi a un hombre luchar como luchó Conan. Puso la espalda contra el muro del patio, y antes de que lo dominaran los muertos se amontonaban en montes a sus muslos en torno a él. Pero por fin lo abatieron, cien contra uno. Cuando lo vi caer, me arrastré lejos, sintiendo como si el mundo estallara bajo mis dedos. Oí a Constantius gritar a sus perros que tomaran vivo al capitán — retorciéndose el bigote, con esa sonrisa odiosa en los labios.

Esa sonrisa estaba en los labios de Constantius en ese mismo momento. Montaba su caballo entre un grupo de sus hombres — shemitas de cuerpos recios, barbas rizadas azul-negras y narices ganchudas; el sol bajo arrancaba reflejos de sus cascos puntiagudos y de las escamas plateadas de sus corazas. Casi a una milla detrás, los muros y torres de Khauran se alzaban de plano de las praderas.

Junto al camino de caravanas se había plantado una cruz pesada, y en ese árbol lúgubre colgaba un hombre, clavado con espigas de hierro en manos y pies. Desnudo salvo por un paño de cintura, el hombre era casi un gigante, y los músculos se marcaban en gruesos cordones por miembros y tronco, que el sol hacía rato había tostado. El sudor del dolor perlaba su rostro y su poderoso pecho, pero, bajo la maraña enmarañada de negro que caía sobre su frente baja y ancha, los ojos azules ardían con fuego no apagado. La sangre rezumaba perezosa de los desgarrones de manos y pies.

Constantius lo saludó con burla.

—Lo lamento, capitán —dijo—, no puedo quedarme a aliviar tus últimas horas, pero tengo deberes en esa ciudad—no debo hacer esperar a tu deliciosa reina. —Rió quedo—. Así que te dejo a tus propios recursos... y a esas bellezas. —Señaló con intención a las sombras negras que se cernían sin cesar arriba y abajo, muy alto.

—Si no fuera por ellas, imagino que un bruto potente como tú podría vivir en la cruz durante días. No te hagas ilusión de rescate porque te deje sin guardia. He proclamado que quien intente bajar tu cuerpo, vivo o muerto, de la cruz será desollado vivo junto con todos los miembros de su familia, en la plaza pública. Estoy tan firmemente asentado en Khauran que mi orden vale tanto como un regimiento. No dejo guardia porque los buitres no se acercarán mientras haya alguien cerca, y no deseo que sientan ningún reparo. Por eso mismo te traje tan lejos de la ciudad. Estos carroñeros del desierto no se acercan a las murallas más que hasta este punto.

—Y así, bravo capitán, ¡adiós! Me acordaré de ti cuando, dentro de una hora, Taramis yazga en mis brazos.

La sangre brotó de nuevo de las palmas perforadas cuando los puños de maza del ajusticiado se cerraron convulsos sobre las cabezas de los clavos. Nudos y protuberancias de músculo saltaron en los brazos macizos, y Conan echó la cabeza hacia adelante y escupió salvajemente a la cara de Constantius. El voivoda rió con frialdad, se limpió la saliva de la gorguera y volvió las riendas hacia la ciudad, figura esbelta y erguida, reluciente en su armadura bruñida, sus barbados secuaces trotando a su lado. Un tenue alzamiento de polvo del camino gastado marcó su paso.

El hombre colgado de la cruz era el único toque de vida sensible en un paisaje que, a esa hora avanzada de la tarde, parecía yermo y desierto. Khauran, a menos de una milla, podría haber estado al otro lado del mundo y en otra edad.

Sacudiendo el sudor de los ojos, Conan miró, sin ver, el terreno familiar. A ambos lados de la ciudad, y más allá, se extendían fértiles praderas, con reses paciendo a lo lejos, donde campos y viñas ajedrezaban la llanura. Los horizontes occidental y septentrional estaban punteados de aldeas, miniaturas en la distancia. A menor distancia, hacia el sudeste, un brillo argénteo marcaba el curso de un río, y más allá de ese río comenzaba bruscamente el desierto arenoso, tendiéndose y tendiéndose más allá del horizonte. Conan

miró aquella extensión de vacío que temblaba leonado en la luz postrera como un halcón atrapado mira el cielo abierto. Un repelús lo sacudió cuando miró las torres relucientes de Khauran. La ciudad lo había traicionado— lo había atrapado en circunstancias que lo dejaban colgado de una cruz de madera como una liebre clavada en un árbol.

Un rencor rojo de venganza barrió aquel pensamiento. Maldiciones se escaparon intermitentes de los labios del hombre. Todo su universo se contrajo, se enfocó, se encarnó en las cuatro espigas de hierro que lo separaban de la vida y la libertad. Sus grandes músculos temblaron, anudándose como cables de hierro. Con el sudor brotándole en la piel que iba tornándose gris, buscó hacer palanca, arrancar los clavos de la madera. Fue inútil. Los habían hincado hondo. Entonces intentó arrancarse las manos de las espigas, y no fue el dolor acuchillante, abismal, lo que al fin le hizo cesar, sino la futilidad. Las cabezas de las espigas eran anchas y pesadas; no podía arrastrarlas a través de las heridas. Un oleaje de impotencia sacudió al gigante, por primera vez en su vida. Quedó inmóvil, con la cabeza apoyada en el pecho, cerrando los ojos contra el resplandor hiriente del sol.

El batir de unas alas le hizo mirar, justo cuando una sombra emplumada se precipitaba desde el cielo. Un pico agudo, que apuntaba a sus ojos, le cortó la mejilla, y él apartó la cabeza de un tirón, cerrando los ojos involuntariamente. Gritó, un grito ronco y desesperado de amenaza, y los buitres se desviaron y retrocedieron, espantados por el sonido. Reanudaron su cauteloso círculo sobre su cabeza. La sangre se deslizó hasta la boca de Conan, y él se lamió los labios involuntariamente, escupiendo al sabor salado.

La sed lo acometió con saña. Había bebido vino en abundancia la noche anterior, y no había probado agua desde antes del combate en la plaza, al alba. Y matar da sed y sudor salado. Miró con furia el río lejano como un hombre en el infierno mira a través de la reja abierta. Pensó en las torrenteras blancas que había vadeado, bañado hasta los hombros en jade líquido. Recordó grandes cuernos de cerveza espumosa, jarras de vino chispeante tragadas con descuido o derramadas en el suelo de la taberna. Se mordió el labio para no bramar con la angustia intolerable con que brama un animal torturado.

El sol se hundió, bola lívida en un mar ígneo de sangre. Contra un baluarte carmesí que ceñía el horizonte flotaban irreales como un sueño las tor-

res de la ciudad. Hasta el cielo parecía teñido de sangre a su mirada nublada. Se lamió los labios ennegrecidos y miró con ojos inyectados el río distante. A él también le parecía carmesí de sangre, y las sombras que trepaban desde el oriente parecían negras como ébano.

Sonó en sus oídos embotados el batir más fuerte de alas. Alzando la cabeza, miró con el fulgor ardiente de un lobo a las sombras que giraban sobre él. Sabía que sus gritos ya no las espantarían. Una picó—picó—cada vez más bajo. Conan echó la cabeza atrás cuanto pudo, esperando con terrible paciencia. El buitre se precipitó con rápido rugido de alas. Su pico relampagueó hacia abajo, desgarrando la piel de la barbilla de Conan cuando éste apartó la cabeza; luego, antes de que el ave pudiera retirarse, la cabeza de Conan se lanzó hacia adelante con la poderosa musculatura del cuello, y sus dientes, chasqueando como los de un lobo, se cerraron en el cuello desnudo y arrugado.

Al instante el buitre estalló en histeria de aleteos y graznidos. Sus alas restallantes cegaron al hombre, y sus garras le arañaron el pecho. Pero él se aferró con fiereza; los músculos se marcaban en montículos en sus mandíbulas. Y los huesos del cuello del carroñero crujieron entre aquellos dientes poderosos. Con un aleteo espasmódico, el ave quedó inerte. Conan soltó, escupió sangre de la boca. Los otros buitres, aterrados por el destino de su compañero, se fueron en pleno vuelo a un árbol distante, donde posaron como demonios negros en concilio.

Un triunfo feroz subió por el cerebro entumecido de Conan. La vida latía fuerte y salvaje por sus venas. Aún podía dar muerte; aún vivía. Cada punzada de sensación, incluso de agonía, era una negación de la muerte.

—¡Por Mitra! —O una voz habló, o padecía alucinación—. ¡En toda mi vida no he visto cosa igual!

Sacudiendo sudor y sangre de los ojos, Conan vio a cuatro jinetes sobre sus caballos, en el crepúsculo, mirando hacia él. Tres eran halcones enjutos de blanca túnica: sin duda, zuagires del otro lado del río. El otro vestía como ellos con una khalat blanca ceñida y un tocado flotante que, con triple cordón trenzado de pelo de camello a las sienes, le caía a los hombros. Pero no era shemita. El polvo no era tan denso, ni la vista de halcón de Conan estaba tan nublada, como para no percibir los rasgos del hombre.

Era tan alto como Conan, aunque de miembros menos pesados. Hombros anchos y figura flexible, dura como acero y ballena. Una barba corta y negra no escondía del todo el empuje agresivo de la mandíbula enjuta, y unos ojos grises, fríos y punzantes como espada, fulgían en la sombra de la kafiya. Calmando a su montura inquieta con mano pronta y segura, aquel hombre habló:

— ¡Por Mitra, debería conocer a este hombre!

— ¡Sí! — gruñó un zuagir —. ¡Es el cimero que fue capitán de la guardia de la reina!

— Debe de estar deshaciéndose de todos sus antiguos favoritos — murmuró el jinete —. ¿Quién hubiera pensado eso de la reina Taramis? Yo hubiera preferido una guerra larga y sangrienta. Nos hubiera dado a la gente del desierto ocasión de botín. Tal como está, hemos llegado tan cerca de los muros para hallar solo este jamelgo — echó un ojo a un buen entero que llevaba uno de los nómadas — y este perro moribundo.

Conan alzó la cabeza ensangrentada.

— Si pudiera bajar de este madero te haría perro moribundo a ti, ¡ladrón zaporozano! — raspó por entre labios ennegrecidos.

— ¡Mitra, el tunante me conoce! — exclamó el otro —. ¿Cómo, tunante, me conoces?

— Solo hay uno de tu calaña por estos lares — murmuró Conan —. Eres Olgerd Vladislav, jefe forajido.

— ¡Sí! Y en otro tiempo hetmán de los kozaki del Zaporozka, como has adivinado. ¿Te gustaría vivir?

— Solo un necio haría esa pregunta — jadeó Conan.

— Soy hombre duro — dijo Olgerd —, y la dureza es la única cualidad que respeto en un hombre. Juzgaré si eres un hombre, o solo un perro al cabo, digno solo de yacer aquí y morir.

— Si lo desclavamos pueden vernos desde los muros — objetó uno de los nómadas.

Olgerd negó con la cabeza.

—La penumbra es honda. Toma, Djebal, este hacha y corta la cruz en la base.

—Si cae hacia delante lo aplastaré —objetó Djebal—. Puedo cortarla para que caiga hacia atrás, pero entonces el golpe puede abrirle el cráneo y soltarle las entrañas.

—Si merece cabalgar conmigo sobrevivirá —respondió imperturbable Olgerd—. Si no, no merece vivir. ¡Corta!

El primer impacto del hacha contra la madera y sus vibraciones consiguientes enviaron lanzas de agonía por los pies y manos hinchados de Conan. Una y otra vez cayó el hierro, y cada golpe reverberó en su cerebro magullado, poniendo en tiritar sus nervios torturados. Pero apretó los dientes y no profirió sonido. El hacha abrió un tajo, la cruz vaciló en su base astillada y se desplomó hacia atrás. Conan convirtió todo su cuerpo en un nudo sólido de músculo de hierro, echó la cabeza con fuerza contra la madera y la sostuvo rígida allí. La viga golpeó el suelo pesadamente y rebotó un poco. El impacto desgarró sus heridas y lo dejó aturdido un instante. Luchó contra la marea negra que subía, enfermo y mareado, pero se dio cuenta de que los músculos de hierro que forraban sus entrañas lo habían salvado de daño permanente.

Y no había hecho sonido, aunque la sangre le salía por las narices y los músculos del vientre le temblaban con náusea. Con un gruñido de aprobación, Djebal se inclinó sobre él con unas tenazas de herrador para clavos de herradura, y prendió la cabeza de la espiga de la mano derecha de Conan, desgarrando piel para agarrar la cabeza hincada tan hondo. Las tenazas eran pequeñas para tal faena. Djebal sudó y tironeó, jurando y forcejeando con el hierro obstinado, trabajándolo de un lado a otro—en carne hinchada tanto como en madera. La sangre brotó, manándole por los dedos al cimerio. Yació tan quieto que hubiera podido estar muerto, salvo por el alzarse espasmódico de su gran pecho. La espiga cedió, y Djebal alzó el hierro ensangrentado con un gruñido de satisfacción; luego lo arrojó y se inclinó sobre la otra.

Se repitió el proceso, y entonces Djebal volvió su atención a los pies claveteados de Conan. Pero el cimerio, incorporándose penosamente hasta sentarse, arrancó las tenazas de sus dedos y lo hizo retroceder tambaleante con un empujón violento. Las manos de Conan estaban hinchadas casi al

doble de su tamaño normal. Los dedos le parecían pulgares deformes, y cerrarlos era una agonía que le hizo brotar sangre entre los dientes apretados. Pero de algún modo, agarrando torpemente con ambas manos las tenazas, logró arrancar primero una espiga y luego la otra. No estaban clavadas tan hondo en la madera como las de las manos.

Se alzó con rigidez y se puso en pie sobre los pies hinchados y lacerados, bamboleándose como borracho, el sudor helado chorreándole por rostro y cuerpo. Le acometieron calambres y apretó las mandíbulas contra el deseo de vomitar.

Olgerd, mirándolo sin emoción, le indicó con un gesto el caballo robado. Conan se tambaleó hacia él, y cada paso fue un infierno punzante y palpitante que le encendió de espuma sangrienta los labios. Una mano deforme y palposa cayó torpemente sobre el arzón, un pie ensangrentado halló como pudo el estribo. Apretando los dientes, se alzó; casi se desmayó en el aire, pero vino a caer en la silla—y al hacerlo, Olgerd azotó con brío al caballo. La bestia se encabritó, y el hombre en la silla se ladeó y se hundió como saco de arena, a punto de ser descabalgado. Conan había anudado una rienda a cada mano, sujetándola en su sitio con un pulgar apretado. Tambaleante, ejerció la fuerza de sus bíceps anudados, forzando al caballo hacia abajo; éste chilló, la quijada casi dislocada.

Uno de los shemitas alzó una bota de agua con gesto interrogante.

Olgerd negó con la cabeza.

—Que espere hasta llegar al campamento. Solo hay diez millas. Si está hecho para vivir en el desierto vivirá ese trecho sin un trago.

El grupo cabalgó como fantasmas veloces hacia el río; entre ellos, Conan se bamboleaba como hombre ebrio en la silla, los ojos inyectados vidriosos, espuma secándose en los labios ennegrecidos.

### **III - UNA CARTA A NEMEDIA**

El sabio Astreas, que viajaba por Oriente en su incansable búsqueda de conocimiento, escribió una carta a su amigo y colega filósofo Alcemides, en su natal Nemediá, que constituye todo el saber de las naciones occidentales acerca de los sucesos de aquel período en el Este, región siempre nebulosa y semimítica en la mente de la gente de Occidente.

Astreas escribió, en parte: «Apenas puedes concebir, mi querido viejo amigo, las condiciones que reinan ahora en este diminuto reino desde que la reina Taramis admitió a Constantius y sus mercenarios, acontecimiento que te describí brevemente en mi última carta apresurada. Han pasado siete meses desde entonces, durante los cuales pareciera que el mismo diablo se hubiera soltado en este desdichado dominio. Taramis parece haberse vuelto del todo loca; si antes era célebre por su virtud, justicia y serenidad, ahora lo es por cualidades precisamente opuestas a las enumeradas. Su vida privada es un escándalo—o quizá “privada” no sea el término correcto, pues la reina no intenta ocultar la depravación de su corte. Se entrega constantemente a las más infames orgías, en las que se obliga a participar a las desdichadas damas de la corte, jóvenes casadas y vírgenes por igual.

»Ella misma no se ha molestado en casarse con su amante, Constantius, que se sienta en el trono a su lado y reina como su consorte real, y sus oficiales siguen su ejemplo y no vacilan en envilecer a cualquier mujer que desean, sin importar su rango o condición. El desdichado reino gime bajo una tributación exorbitante, las granjas están esquiladas hasta el hueso y los mercaderes visten harapos, lo único que les dejan los recaudadores. Y aún así, se consideran afortunados si escapan con el pellejo intacto.

»Percibo tu incredulidad, buen Alcemides; temerás que exagero la situación en Khauran. Tales condiciones serían impensables en cualquiera de los países occidentales, sin duda. Pero debes comprender la enorme diferencia que existe entre Occidente y Oriente, especialmente esta parte de Oriente. En primer lugar, Khauran es un reino de escasa extensión, uno de los muchos principados que en otro tiempo formaron la parte oriental del imperio de Koth, y que después recobraron la independencia que ya les pertenecía en una edad aún más temprana. Esta parte del mundo se compone de esos pequeños reinos, diminutos en comparación con los grandes del Oeste o los grandes sultanatos del Oriente más lejano, pero importantes por su control de las rutas de caravanas y por la riqueza concentrada en ellos.

»Khauran es el más sudoriental de esos principados, lindando con los mismos desiertos del oriente de Shem. La ciudad de Khauran es la única urbe de alguna magnitud en el reino, y se alza a la vista del río que separa las praderas del arenal, cual atalaya que guarda los fértiles prados a su espalda. La tierra es tan rica que da tres y cuatro cosechas al año, y las llanuras al norte y al oeste de la ciudad están salpicadas de aldeas. Para quien está habituado a las grandes plantaciones y ganaderías de Occidente, resulta extraño ver estos campitos y viñedos; sin embargo, de ellos mana la riqueza en grano y fruta como de un cuerno de la abundancia. Los aldeanos son agricultores y nada más. De raza aborígen mezclada, no son belicosos, no saben protegerse y les está vedada la posesión de armas. Dependientes por entero de los soldados de la ciudad para su seguridad, quedan indefensos en las presentes condiciones. Así, la feroz insurrección de las zonas rurales, que sería una certeza en cualquier nación occidental, aquí es imposible.

»Trabajan mansamente bajo la mano de hierro de Constantius, y sus shemitas de barbas negras cabalgan sin cesar por los campos, látigos en mano, como capataces de los siervos negros que se afanan en las plantaciones de la Zíngara meridional.

»Ni a la gente de la ciudad le va mejor. Les arrancan sus riquezas, a sus hijas más hermosas las toman para saciar la insaciable lujuria de Constantius y sus mercenarios. Esos hombres carecen por completo de piedad o compasión, y están poseídos de todas las características que nuestros ejércitos aprendieron a aborrecer en nuestras guerras contra los aliados shemitas de Argos: crueldad inhumana, lujuria y ferocidad de bestias salvajes. La gente de la ciudad es la casta dirigente de Khauran, predominantemente hitoria, valerosa y guerrera. Pero la traición de su reina los entregó en manos de sus opresores. Los shemitas son la única fuerza armada en Khauran, y al Khaurano encontrado con armas se le inflige el más infernal castigo. Se ha perseguido con saña una campaña sistemática para destruir a los jóvenes khauranos capaces de empuñar armas. A muchos se les ha degollado sin piedad, a otros se les ha vendido como esclavos a los turanios. Miles han huido del reino y han entrado al servicio de otros gobernantes, o se han hecho forajidos que merodean en numerosas bandas por las fronteras.

»En la actualidad hay alguna posibilidad de invasión desde el desierto, habitado por tribus de nómadas shemitas. Los mercenarios de Constantius proceden de las ciudades shemitas del oeste, pelishtim, anakim, akkharim, y

los zuagires y otras tribus errantes los odian con ardor. Como sabes, buen Alcemides, los países de esos bárbaros se dividen en las praderas occidentales, que se extienden hasta el océano remoto y en las que se alzan las ciudades de los habitantes urbanos, y los desiertos orientales, donde mandan los enjutos nómadas; hay guerra incesante entre los moradores de las ciudades y los del desierto.

»Los zuagires han luchado y saqueado Khauran durante siglos, sin éxito, pero resienten su conquista por sus parientes del oeste. Se rumorea que su antagonismo natural lo está fomentando el hombre que fue antes capitán de la guardia de la reina y que, de algún modo escapando al odio de Constantius—quien de hecho lo tuvo en la cruz—, huyó con los nómadas. Le llaman Conan, y él mismo es un bárbaro, uno de esos sombríos cimerios cuya ferocidad nuestros soldados han aprendido más de una vez a su amarga costa. Se rumorea que se ha convertido en la mano derecha de Olgerd Vladislav, el aventurero kozak que vagó desde las estepas del norte y se hizo jefe de una banda de zuagires. También se dice que esta banda ha crecido enormemente en los últimos meses, y que Olgerd, incitado sin duda por este cimerio, está incluso considerando una incursión contra Khauran.

»No podría ser más que una razzia, pues los zuagires carecen de máquinas de asedio o del conocimiento para invertir una ciudad, y se ha demostrado repetidamente en el pasado que los nómadas, en su formación suelta—o más bien falta de formación—, no son rival, en el cuerpo a cuerpo, para los guerreros bien disciplinados y completamente armados de las ciudades shemitas. Los nativos de Khauran quizá acogerían con agrado esa conquista, ya que los nómadas no podrían tratarlos más duramente que sus actuales amos, y aun la exterminación total sería preferible al padecimiento que han de soportar. Pero están tan amedrentados e indefensos que no podrían prestar ayuda alguna a los invasores.

»Su situación es tristísima. Taramis, aparentemente poseída por un demonio, no se detiene ante nada. Ha abolido el culto de Ishtar y ha convertido el templo en santuario de idolatría. Ha destruido la imagen de marfil de la diosa que estos híboreos orientales veneran (y que, inferior como es a la verdadera religión de Mitra, que reconocemos las naciones occidentales, es aún superior al culto demoníaco de los shemitas) y ha llenado el templo de Ishtar con imágenes obscenas de toda clase imaginable—dioses y diosas de la noche, representados en todas las posturas lascivas y perversas y con to-

dos los rasgos repugnantes que pudiera concebir un cerebro degenerado. Muchas de estas imágenes se identifican como inmundos deidades de shemitas, turanios, vendhyanos y khitanos, pero otras recuerdan una antigüedad horrenda y apenas recordada, formas viles olvidadas salvo en las leyendas más oscuras. De dónde sacó la reina el conocimiento de ellas no me atrevo ni a conjeturarlo.

»Ha instituido el sacrificio humano, y desde su ayuntamiento con Constantius no menos de quinientos hombres, mujeres y niños han sido inmolados. Algunos han muerto en el altar que ha erigido en el templo, blandiendo ella misma el puñal sacrificial, pero la mayoría ha encontrado un destino aún más horrible.

»Taramis ha colocado alguna clase de monstruo en una cripta del templo. Qué sea y de dónde vino, nadie lo sabe. Pero poco después de aplastar la desesperada revuelta de sus soldados contra Constantius, pasó una noche sola en el templo profanado, sola salvo por una docena de cautivos atados, y la gente, estremecida, vio espeso humo maloliente que se arremolinaba desde la cúpula, oyó durante toda la noche el frenético cántico de la reina y los gritos angustiados de sus torturados prisioneros; y hacia el alba otra voz se mezcló a estos sonidos: un graznido inhumano y estridente que heló la sangre de todos los que lo oyeron.

»A plena luz, Taramis salió tambaleante del templo, los ojos llameando de triunfo demoníaco. Nunca más se vio a los cautivos, ni se oyó el graznido. Pero hay en el templo una estancia en la que nadie entra salvo la reina, que empuja delante una víctima humana. Y a ese sacrificado no se le vuelve a ver. Todos saben que en esa cámara lúgubre acecha algún monstruo salido de la noche negra de los siglos, que devora a los humanos que Taramis le entrega entre alaridos.

»Ya no puedo pensar en ella como en una mujer mortal, sino como en una endemoniada furia acuclillada en su guarida ensangrentada entre huesos y fragmentos de sus víctimas, con dedos garrudos y enrojecidos. Que los dioses le permitan proseguir su horrenda senda impune casi conmueve mi fe en la justicia divina.

»Cuando comparo su conducta actual con su porte cuando llegué por primera vez a Khauran, hace siete meses, me confunde el desconcierto, y casi me inclino a la creencia que sostienen muchos del pueblo: que un de-

monio ha poseído el cuerpo de Taramis. Un joven soldado, Valerius, tenía otra creencia. Creía que una bruja había asumido una forma idéntica a la de la adorada soberana de Khauran. Creía que a Taramis la habían arrebatado en la noche y encerrado en alguna mazmorra, y que el ser que gobernaba en su lugar no era sino una hechicera. Juró que hallaría a la verdadera reina, si aún vivía, pero temo grandemente que él mismo haya caído víctima de la crueldad de Constantius. Estuvo implicado en la revuelta de la guardia del palacio, escapó y permaneció oculto un tiempo, negándose obstinadamente a buscar seguridad en el extranjero, y fue entonces cuando lo encontré y me expuso sus creencias.

»Pero ha desaparecido, como tantos otros, cuyo destino uno no se atreve a conjeturar, y temo que lo hayan apresado los espías de Constantius.

»Debo concluir esta carta y sacarla de la ciudad mediante una veloz paloma mensajera, que la llevará hasta el puesto donde la compré, en las fronteras de Koth. Por jinete y caravana acabará por llegarte. Debo darme prisa, antes del alba. Es tarde, y las estrellas relucen blancas sobre los techos ajardinados de Khauran. Un silencio estremecido envuelve la ciudad, dentro del cual oigo el latido de un tambor hosco desde el templo remoto. No dudo de que Taramis se halle allí, maquinando más maldades».

Pero el sabio se equivocaba en su conjetura acerca del paradero de la mujer a la que llamaba Taramis. La muchacha a quien el mundo conocía como la reina de Khauran estaba en una mazmorra, iluminada sólo por una antorcha vacilante que jugaba sobre sus facciones, grabando en ellas la crueldad diabólica de su hermoso semblante.

En el desnudo suelo de piedra, ante ella, se agazapaba una figura cuya desnudez apenas cubrían harapos hechos jirones.

Salomé tocó con desdén aquella figura con la punta vuelta de su sandalia dorada y sonrió con rencor al ver cómo su víctima se encogía.

—¿No te agradan mis caricias, dulce hermana?

Taramis seguía siendo hermosa, pese a sus harapos y al cautiverio y el abuso de siete largos meses. No respondió a las burlas de su hermana, sino que inclinó la cabeza como quien se ha habituado a la mofa.

Esa resignación no agradó a Salomé. Se mordió el labio rojo y quedó golpeando el suelo con la punta del pie mientras fruncía el ceño hacia la figura

pasiva. Salomé iba ataviada con el esplendor bárbaro de una mujer de Shushan. Joyas centelleaban a la luz de la antorcha en sus sandalias doradas, en las placas de oro de su pecho y en las cadenillas que las sujetaban. Sonaban los ajorcas de oro de sus tobillos al moverse, y brazaletes enjorjados lastraban sus brazos desnudos. Su alto peinado era el de una mujer shemita, y colgaban de sus orejas pendientes de jade en aros de oro, que fulguraban con cada impaciente movimiento de su altiva cabeza. Un cíngulo cuajado de gemas sostenía una camisa de seda tan transparente que constituía una burla cínica a la convención.

De sus hombros, y cayéndole por la espalda, pendía una capa escarlata oscura, arrojada con descuido sobre el codo del brazo y sobre el bulto que aquel brazo sostenía.

De pronto, Salomé se inclinó y con la mano libre aferró el cabello enmarañado de su hermana y le echó la cabeza atrás para mirar sus ojos. Taramis sostuvo aquella mirada de tigresa sin pestañear.

— Ya no acudes tan presto a las lágrimas como antes, dulce hermana — murmuró la bruja.

— No exprimirás más lágrimas de mí — respondió Taramis—. Demasiadas veces te has deleitado con el espectáculo de la reina de Khauran sollozando de rodillas por misericordia. Sé que me has perdonado la vida sólo para atormentarme; por eso has limitado tus torturas a suplicios que ni matan ni desfiguran de forma permanente. Pero ya no te temo; has colado de mí el último vestigio de esperanza, miedo y vergüenza. ¡Mátame y acaba, porque ya he derramado mi última lágrima para tu disfrute, diablesa salida del infierno!

— Te lisonjeas, querida hermana — ronroneó Salomé—. Hasta ahora sólo he hecho sufrir a tu hermoso cuerpo, sólo he aplastado tu orgullo y tu autoestima. Olvidas que, a diferencia de mí, eres capaz de tormento mental. Lo he observado cuando te he regalado relatos de las comedias que he representado con algunos de tus necios súbditos. Pero esta vez te he traído prueba más viva de esas farsas. ¿Sabías que Krallides, tu fiel consejero, había regresado a hurtadillas de Turán y lo habían capturado?

Taramis palideció.

— ¿Qué... qué le has hecho?

En respuesta, Salomé sacó el misterioso bulto de debajo de su capa. Sacudió los envoltorios de seda y lo alzó: la cabeza de un joven, cuyos rasgos habían quedado congelados en una convulsión como si la muerte lo hubiera sorprendido en medio de una agonía inhumana.

Taramis gritó como si una hoja le hubiera atravesado el corazón.

—¡Oh, Ishtar! ¡Krallides!

—¡Sí! Intentaba incitar al pueblo contra mí, pobre necio, diciéndoles que Conan decía la verdad cuando afirmaba que yo no era Taramis. ¿Y cómo se alzaría el pueblo contra los shemitas del Halcón? ¿Con palos y guijarros? ¡Bah! Los perros están comiéndose su cuerpo sin cabeza en la plaza, y este carroñal inmundo será arrojado a la cloaca para pudrirse.

—¿Cómo, hermana? —Se detuvo, sonriendo hacia su víctima—. ¿Has descubierto que aún te quedan lágrimas sin verter? ¡Bien! Reservé el tormento mental para el final. En adelante te mostraré muchos espectáculos como... ¡este!

Allí, en la luz de la antorcha, con la cabeza cercenada en la mano, no parecía cosa nacida de mujer humana, a despecho de su pavorosa belleza. Taramis no alzó la vista. Yacía boca abajo en el suelo viscoso, su esbelto cuerpo sacudido por sollozos de agonía, golpeando con los puños cerrados las losas. Salomé se fue paseando hacia la puerta, sus ajorcas tintineando a cada paso, los pendientes centelleando al fulgor de la antorcha.

Pocos momentos después emergió por una puerta bajo un arco hosco que daba a un patio, el cual, a su vez, se abría a un callejón sinuoso. Un hombre que estaba allí se volvió hacia ella: un gigantesco shemita, de ojos sombríos y hombros de toro, con la gran barba negra cayéndole sobre el poderoso pecho cubierto por malla de plata.

—¿Lloró? —Su rumor era de toro, grave, bajo y tormentoso. Era el general de los mercenarios, uno de los pocos, incluso entre los allegados de Constantius, que conocían el secreto de las reinas de Khauran.

—Sí, Khumbanigash. Hay secciones enteras de su sensibilidad que no he tocado. Cuando un sentido se embota por el constante desgarrón, descubriré un dolor nuevo y más punzante. ¡Eh, perro! —Se acercó una figura temblorosa y renqueante, en harapos, sucia y de pelo apelmazado, uno de esos mendigos que duermen en callejas y patios abiertos. Salomé le arrojó la

cabeza—. Toma, sordo: échala en la cloaca más cercana. Haz las señas con las manos, Khumbanigash. No puede oír.

El general obedeció, y la cabeza hirsuta asintió, mientras el hombre se alejaba penosamente.

—¿Por qué sigues con esta farsa? —roncó Khumbanigash—. Estás tan firmemente asentada en el trono que nada puede derribarte. ¿Qué importa si los necios de Khauran conocen la verdad? No pueden hacer nada. ¡Proclámate con tu verdadera identidad! Muéstrales a su adorada exreina... ¡y córtale la cabeza en la plaza pública!

—Aún no, buen Khumbanigash...

La puerta abovedada se cerró de golpe sobre los acentos duros de Salomé y las reverberaciones tormentosas de Khumbanigash. El mendigo mudo se acuclilló en el patio, y no hubo quien viera que las manos que sostenían la cabeza cercenada temblaban con fuerza: manos morenas y nervudas, extrañamente incongruentes con el cuerpo encorvado y los sucios andrajos.

—¡Lo sabía! —Fue un susurro feroz y vibrante, apenas audible—. ¡Está viva! ¡Oh, Krallides, tu martirio no fue en vano! ¡La tienen encerrada en esa mazmorra! ¡Oh, Ishtar, si amas a los hombres veraces, ayúdame ahora!

## IV - LOBOS DEL DESIERTO

Olgerd Vladislav llenó su copa enjovada con vino carmesí de una jarra de oro y empujó el recipiente por encima de la mesa de ébano hacia Conan el cimerio. El atavío de Olgerd habría satisfecho la vanidad de cualquier hetmán zaporozko.

Su khalat era de seda blanca, con perlas cosidas al pecho. Ceñida a la cintura con un cinturón bakhauriota, sus faldones se echaban atrás para dejar ver los anchos bombachos de seda, metidos en botines cortos de blando cuero verde, adornados con hilo de oro. En la cabeza llevaba un turbante de seda verde, ceñido a un yelmo aguzado cincelado en oro. Su única arma era un ancho cuchillo curvo cherkee en vaina de marfil, ceñido alto al flanco izquierdo, a la manera kozak. Reclinándose en su silla dorada con águilas talladas, Olgerd abrió ante sí sus piernas enfundadas y apuró ruidosamente el vino espumoso.

Frente a su esplendor, el enorme cimero le ofrecía un fuerte contraste, con su melena negra cortada en cuadrado, el rostro castaño y cicatrizado y los ojos azules ardientes. Vestía malla negra, y lo único que relucía en él era la ancha hebilla de oro del cinturón que soportaba su espada en la gastada vaina de cuero.

Estaban solos en la tienda de muros de seda, colgada con tapices bordados en oro y sembrada de ricas alfombras y cojines de terciopelo, botín de caravanas. De afuera llegaba un murmullo bajo e incesante, el sonido que acompaña siempre a una gran muchedumbre de hombres, en campamento o donde sea. De tanto en tanto, una ráfaga de viento del desierto hacía restallar las hojas de palmera.

—Hoy a la sombra, mañana al sol —dijo Olgerd, aflojándose un poco el cíngulo carmesí y alcanzando de nuevo la jarra—. Así es la vida. Una vez fui hetmán junto al Zaporozka; ahora soy un jefe del desierto. Hace siete meses tú colgabas de una cruz a las afueras de Khauran. Ahora eres lugarteniente del más poderoso salteador entre Turán y las praderas occidentales. ¡Deberías darme las gracias!

—¿Por reconocer mi utilidad? —rió Conan, alzando la jarra—. Cuando permites la elevación de un hombre, uno puede estar seguro de que te lucrará con su ascenso. Me he ganado todo lo que he obtenido, con mi sangre y mi sudor. —Miró las cicatrices del interior de las palmas. También en el cuerpo había cicatrices, que no estaban allí siete meses atrás.

—Peleas como un regimiento de demonios —concedió Olgerd—. Pero no se te ocurra pensar que has tenido algo que ver con los reclutas que han acudido en tropel a unirse a nosotros. Fue nuestro éxito en las razzias, guiado por mi ingenio, lo que los atrajo. Estos nómadas siempre buscan a un

jefe con éxito al que seguir, y tienen más fe en un extranjero que en uno de su raza.

— ¡No hay límite a lo que podamos lograr! Tenemos once mil hombres ahora. En otro año podemos tener el triple. Hasta ahora nos hemos contentado con incursiones contra los puestos avanzados turanios y las ciudades-estado del oeste. Con treinta o cuarenta mil hombres ya no haremos razzias. Invadiremos y conquistaremos y nos estableceremos como gobernantes. Aún seré emperador de todo Shem, y tú serás mi visir, siempre que cumplas mis órdenes sin rechistar. Mientras tanto, creo que cabalgaremos hacia el este y asaltaremos ese puesto turanio de Vezek, donde las caravanas pagan peaje.

Conan negó con la cabeza.

—Creo que no.

Olgerd fulminó, irritado su temperamento presto.

—¿Qué quieres decir, “creo que no”? ¡El que piensa por este ejército soy yo!

—Hay suficientes hombres en esta hueste para mi propósito —respondió el cimero—. Estoy harto de esperar. Tengo una cuenta que saldar.

—¡Oh! —Olgerd frunció el ceño, apuró vino y luego sonrió—. ¿Sigues pensando en aquella cruz, eh? Bien, me gusta un buen odiador. Pero eso puede esperar.

—Me dijiste una vez que me ayudarías a tomar Khauran —dijo Conan.

—Sí, pero eso fue antes de empezar a ver todas las posibilidades de nuestro poder —respondió Olgerd—. Sólo pensaba en el botín de la ciudad. No quiero desperdiciar nuestra fuerza sin provecho. Khauran es una nuez demasiado dura para nosotros ahora. Quizá dentro de un año...

—Dentro de la semana —replicó Conan, y el kozak lo miró, pasmado por la seguridad de su voz.

—Escucha —dijo Olgerd—, aun si estuviera dispuesto a malgastar hombres en semejante intento descabellado, ¿qué podrías esperar? ¿Crees que estos lobos podrían cercar y tomar una ciudad como Khauran?

—No habrá asedio —contestó el cimerio—. Sé cómo sacar a Constantius a la llanura.

—¿Y luego qué? —juró Olgerd—. En la lluvia de flechas, nuestros jinetes llevarían las de perder, porque la armadura de los asshuri es mejor; y cuando llegaran los aceros, sus filas apretadas de espadachines adiestrados hendirían nuestras líneas sueltas y dispersarían a nuestros hombres como paja al viento.

—No si hubiera tres mil jinetes hiborios desesperados peleando en cuña compacta, tal como puedo enseñarles —repuso Conan.

—¿Y dónde conseguirías tres mil hiborios? —preguntó Olgerd con vasta sorna—. ¿Los conjurarás del aire?

—Los tengo —respondió imperturbable el cimerio—. Tres mil hombres de Khauran acampan en el oasis de Akrel aguardando mis órdenes.

—¿Qué? —Olgerd lo miró como un lobo sobresaltado.

—Sí. Hombres que habían huido de la tiranía de Constantius. La mayoría ha vivido como forajidos en los desiertos al este de Khauran, y están enjutos, duros y desesperados como tigres comehombres. Uno de ellos valdrá por tres de esos mercenarios achaparrados. La opresión y la dureza dan temple a las entrañas de los hombres y ponen el fuego del infierno en sus músculos. Andaban desparramados en banditas; sólo necesitaban un jefe. Creyeron el mensaje que les envié por mis jinetes, se reunieron en el oasis y se pusieron a mis órdenes.

—¿Todo esto sin mi conocimiento? —Una luz feral comenzó a brillar en los ojos de Olgerd. Se ajustó el tahalí.

—A mí querían seguir, no a ti.

—¿Y qué les dijiste a esos descastados para ganarte su adhesión? —Había un timbre peligroso en la voz de Olgerd.

—Les dije que usaría esta jauría de lobos del desierto para ayudarles a destruir a Constantius y devolver Khauran a manos de sus ciudadanos.

—¡Necio! —susurró Olgerd—. ¿Te crees jefe ya?

Los hombres estaban en pie, frente a frente, separados por la tabla de ébano, luces demoníacas danzando en los fríos ojos grises de Olgerd, una

sonrisa adusta en los labios duros del cimero.

—Haré que te despedacen entre cuatro palmeras —dijo el kozak con calma.

—¡Llama a los hombres y mándales que lo hagan! —desafió Conan—. ¡A ver si te obedecen!

Mostrando los dientes en un gruñido, Olgerd alzó la mano... y se detuvo. Había algo en la confianza del rostro sombrío del cimero que lo sacudió. Sus ojos comenzaron a arder como los de un lobo.

—Escoria de las colinas occidentales —murmuró—, ¿te has atrevido a socavar mi poder?

—No me hizo falta —respondió Conan—. Mentiste cuando dijiste que nada tuve que ver con la llegada de los nuevos reclutas. Tuve todo que ver. Tomaban tus órdenes, pero peleaban por mí. No hay sitio para dos jefes de los zuagires. Saben que soy el hombre más fuerte. Los entiendo mejor que tú, y ellos a mí; porque yo también soy un bárbaro.

—¿Y qué dirán cuando les pidas pelear por Khauran? —preguntó Olgerd sardónico.

—Me seguirán. Les prometeré una caravana de oro del palacio. Khauran estará dispuesto a pagar eso como recompensa por librarse de Constantius. Después los conduciré contra los turanios, como has planeado. Quieren botín, y lo mismo les da pelear contra Constantius por él que contra cualquiera.

En los ojos de Olgerd creció el reconocimiento de la derrota. En sus sueños rojos de imperio había pasado por alto lo que ocurría a su alrededor. Hechos y sucesos que antes le habían parecido vanos le acudieron de pronto a la mente con su verdadero significado, trayéndole la comprensión de que Conan no hacía una jactancia vacía. La gigantesca figura acorazada que tenía delante era el verdadero jefe de los zuagires.

—¡No si mueres! —murmuró Olgerd, y su mano relampagueó hacia el puño de su arma. Pero, rápido como el zarpazo de un gran felino, el brazo de Conan cruzó la mesa y sus dedos se cerraron sobre el antebrazo de Olgerd. Sonó un chasquido de huesos rotos, y por un instante tenso la escena quedó suspendida: los hombres frente a frente, inmóviles como imágenes,

el sudor brotando en la frente de Olgerd. Conan rió, sin aflojar su presa sobre el brazo quebrado.

—¿Eres digno de vivir, Olgerd?

Su sonrisa no cambió mientras los músculos acordonados se abultaban en crestas nudosas a lo largo del antebrazo y sus dedos se hundían en la carne temblorosa del kozak. Sonó el rechinar de huesos astillados y el rostro de Olgerd se volvió color de ceniza; la sangre le rezumó del labio donde se lo hincaron los dientes, pero no soltó sonido.

Con una risa, Conan lo soltó y se echó atrás, y el kozak se bamboleó, sujetándose al canto de la mesa con la mano sana para afirmarse.

—Te doy la vida, Olgerd, como tú me la diste a mí —dijo Conan tranquilo—, aunque fue por tus propios fines que me bajaste de la cruz. Fue una prueba amarga la que me diste entonces; tú no la habrías soportado; nadie la soportaría, salvo un bárbaro occidental.

—Toma tu caballo y vete. Está atado detrás de la tienda, y hay comida y agua en las alforjas. Nadie verá tu partida, pero vete pronto. No hay lugar para un jefe caído en el desierto. Si los guerreros te ven, lisiado y depuesto, no te dejarán salir vivo del campamento.

Olgerd no respondió. Lentamente, sin palabra, cruzó la tienda y salió por la abertura de lona. Sin hablar, montó en la silla del gran alazán blanco que estaba amarrado a la sombra de una palmera de amplia copa; y sin hablar, con el brazo roto metido en el pecho del khalat, hizo girar la brida y cabalgó hacia el este, en el desierto abierto, fuera de la vida de la gente de los zua-gires.

Dentro de la tienda, Conan vació la jarra y se relamió con deleite. Arrojando el recipiente vacío a un rincón, se ajustó el cinturón y salió por la abertura frontal, deteniéndose un momento para dejar que su mirada barriera las hileras de tiendas de pelo de camello que se extendían ante él, y las figuras de túnica blanca que se movían entre ellas, discutiendo, cantando, remendando bridas o afilando tulwars.

Alzó la voz en un trueno que llegó a los confines más lejanos del campamento:

— ¡Aie, perros, aguzad las orejas y escuchad! ¡Reuníos aquí! Tengo un cuento que contaros.

## V - LA VOZ DEL CRISTAL

En una estancia de una torre cerca de la muralla un grupo de hombres escuchaba atentamente las palabras de uno de ellos. Eran hombres jóvenes, pero recios y fibrosos, con ese porte que sólo adoptan quienes la adversidad ha vuelto desesperados. Llevaban camisas de malla y cuero ajado; les colgaban espadas del tahalí.

— ¡Sabía que Conan decía la verdad cuando afirmó que no era Taramis! — exclamó el que hablaba—. Durante meses he rondado los contornos del palacio, fingiendo ser un mendigo sordo. Por fin averigüé lo que sospechaba: que nuestra reina era prisionera en las mazmorras adyacentes al palacio. Esperé mi oportunidad y capturé a un carcelero shemita — lo dejé sin sentido cuando salía del patio altas horas de la noche —, lo arrastré a un sótano cercano y lo interrogué. Antes de morir me contó lo que acabo de deciros, y lo que siempre supimos en el fondo: que la mujer que gobierna Khauran es una bruja: Salomé. Dijo que Taramis está encerrada en la mazmorra más baja.

— Esta invasión de los zuagires nos brinda la ocasión que buscábamos. Lo que Conan piensa hacer, no puedo decirlo. Quizá sólo desea vengarse de Constantius. Quizá pretende saquear la ciudad y destruirla. Es un bárbaro y nadie puede penetrar su mente.

— Pero esto es lo que debemos hacer: ¡rescatar a Taramis mientras arrecie la batalla! Constantius marchará a la llanura a presentar combate. Ahora

mismo sus hombres están montando. Hará esto porque no hay víveres suficientes en la ciudad para soportar un asedio. Conan salió del desierto tan de súbito que no hubo tiempo de acopiar provisiones. Y el cimero viene pertrechado para un cerco. Los exploradores han informado de que los zua-gires traen máquinas de sitio, construidas, sin duda, siguiendo las instrucciones de Conan, que aprendió todas las artes de la guerra entre las naciones occidentales.

—Constantius no desea un asedio prolongado; así que marchará con sus guerreros a la llanura, donde espera dispersar de un golpe a las fuerzas de Conan. Dejará sólo a unos pocos cientos de hombres en la ciudad, y estarán en las murallas y en las torres que dominan las puertas.

—La prisión quedará casi sin guardia. Cuando hayamos liberado a Taramis, nuestros movimientos dependerán de las circunstancias. Si Conan vence, debemos mostrar Taramis al pueblo y exhortarlo a alzarse — ¡se alzarán! ¡Oh, se alzarán! Con las manos desnudas bastarán para dominar a los shemitas que queden en la ciudad y cerrar las puertas tanto a los mercenarios como a los nómadas. ¡Ninguno debe entrar entre los muros! Entonces parlamentaremos con Conan. Siempre fue leal a Taramis. Si conoce la verdad, y ella se lo pide, creo que perdonará la ciudad. Si, como es más probable, Constantius prevalece y Conan es derrotado, tendremos que escabullirnos de la ciudad con la reina y buscar la seguridad en la huida.

—¿Todo claro?

Respondieron con una sola voz.

—Entonces aflojemos las hojas en las vainas, encomendemos nuestras almas a Ishtar y marchemos a la prisión, porque los mercenarios ya están desfilando por la puerta del sur.

Esto era cierto. La luz del alba relucía en los cascos picudos que fluían en incesante arroyo bajo el ancho arco, en los jaeces brillantes de los corceles. Sería una batalla de jinetes, como sólo es posible en las tierras del Este. Los jinetes salían por las puertas como un río de acero: figuras sombrías en mal-las negras y plateadas, con sus barbas rizadas y narices ganchudas, y sus ojos inexorables en los que relucía la fatalidad de su raza: la absoluta carencia de duda o piedad.

Las calles y las murallas se hallaban atestadas de muchedumbres que miraban en silencio a aquellos guerreros de raza extraña cabalgar a defender su ciudad natal. No se oía sonido; miraban con expresión apagada, aquellos enjutos hombres de ropas raídas, las gorras en la mano.

En una torre que dominaba la amplia calle que llevaba a la puerta del sur, Salomé se repantigaba en un diván de terciopelo, mirando cínica a Constantius mientras éste se ajustaba el ancho tahalí de la espada a las caderas enjutas y se calzaba las manoplas. Estaban solos en la estancia. Afuera, el rítmico chocar de los arreos y el restregar de los cascos subía por los ventanales enrejados de oro.

— Antes de anochecer — dijo Constantius, atusándose el fino bigote — tendrás algunos cautivos para echar a tu demonio del templo. ¿No se cansa de carne blanda, criada en ciudad? Quizá le apetezcan más los músculos duros de un hombre del desierto.

— Cuídate de no caer tú presa de una bestia más fiera que Thaug — advirtió la muchacha —. No olvides quién conduce a esos animales del desierto.

— No es fácil olvidarlo — repuso él —. Esa es una razón por la que salgo a su encuentro. El perro ha guerreado en Occidente y conoce el arte del asedio. A mis exploradores les costó acercarse a sus columnas, pues sus descubiertas tienen ojos de halcón; pero sí llegaron lo bastante como para ver las máquinas que arrastra sobre ruedas de carretas tiradas por camellos: catapultas, arietes, balistas, mangoneles... ¡Por Ishtar! Debe de haber tenido a diez mil hombres trabajando día y noche durante un mes. De dónde sacó el material para construirlas es algo que no alcanzo a entender. Quizá tenga un tratado con los turanios y reciba suministros de ellos.

— De todos modos no le servirán de nada. Ya he peleado contra estos lobos del desierto: primero intercambio de flechas, en el que la armadura de mis guerreros los protege, y luego una carga, y mis escuadrones barren las enjambres sueltos de los nómadas, giran y barren otra vez, esparciéndolos a los cuatro vientos. Volveré a entrar por la puerta del sur antes de la puesta de sol, con cientos de cautivos desnudos tropezando a la grupa de mi caballo. Esta noche celebraremos una fiesta en la gran plaza. A mis soldados les encanta desollar vivos a sus enemigos: tendremos un desuello al por mayor, y haremos que estos aldeanos de rodillas blandas miren. En cuanto a Conan,

me daría un placer intenso, si lo capturamos vivo, empalarlo en los escalones del palacio.

—Desuella a cuantos quieras —repuso Salomé con indiferencia—. Quisiera un vestido hecho de piel humana. Pero al menos un centenar de cautivos me los darás a mí: para el altar, y para Thaug.

—Se hará —dijo Constantius, echando atrás con la mano enguantada el fino cabello de su alta frente calva, tostada por el sol—. ¡Por la victoria y el bello honor de Taramis! —añadió sardónicamente, y, tomando el yelmo con visera bajo el brazo, alzó la mano en saludo y salió con estrépito de la estancia. Su voz volvió como un eco, alzándose áspera en órdenes a sus oficiales.

Salomé se recostó en el diván, bostezó, se estiró como una gran gata flexible y llamó:

—¡Zang!

Entró sin ruido un sacerdote de pisada de felino, con facciones como pergamino amarillento estirado sobre un cráneo.

Salomé se volvió hacia un pedestal de marfil en el que había dos globos de cristal, y tomando el menor se lo entregó al sacerdote.

—Cabalga con Constantius —dijo—. Dame noticias de la batalla. ¡Ve!

El hombre de rostro de calavera inclinóse hasta el suelo y, ocultando el globo bajo el manto oscuro, salió a toda prisa de la estancia.

Afuera, en la ciudad, no había sonido, salvo el chocar de cascos y, al cabo de un rato, el estruendo de una puerta al cerrarse. Salomé subió por una ancha escalera de mármol que conducía al techo plano, entoldado y almenado también de mármol. Estaba por encima de todos los otros edificios de la ciudad. Las calles estaban desiertas, la gran plaza ante el palacio vacía. En tiempos normales la gente evitaba el tétrico templo que se alzaba al otro lado de esa plaza, pero ahora la ciudad parecía muerta. Sólo en la muralla sur y en las azoteas que la dominaban había señal de vida. Allí se apiñaba la gente. No manifestaban nada; no sabían si desear la victoria o la derrota de Constantius. La victoria significaba más miseria bajo su insoportable gobierno; la derrota, probablemente el saqueo de la ciudad y la masacre roja.

No había llegado palabra de Conan. No sabían qué esperar de sus manos. Recordaban que era un bárbaro.

Los escuadrones de los mercenarios salían a la llanura. A lo lejos, poco antes del río, se movían otras masas oscuras, apenas reconocibles como hombres a caballo. Objetos manchaban la orilla opuesta; Conan no había traído sus máquinas de sitio al otro lado del río, al parecer por temor a un ataque en pleno cruce. Pero él sí lo había cruzado con toda su caballería. El sol se alzó y arrancó destellos de fuego a las multitudes oscuras. Los escuadrones de la ciudad rompieron al galope; un ronco clamor llegó a los oídos de la gente en la muralla.

Las masas rodantes se encontraron, se entremezclaron; a esa distancia era una confusión enmarañada sin detalles definidos. No se distinguían carga y contracarga. Nubes de polvo se alzaban de la llanura bajo los cascos martillantes, velando la acción. A través de esos velos de polvo surgían masas de jinetes, apareciendo y desapareciendo, y los venablos centelleaban.

Salomé se encogió de hombros y bajó la escalera. El palacio yacía silencioso. Todos los esclavos estaban en la muralla, mirando en vano hacia el sur con los ciudadanos.

Entró en la estancia donde había hablado con Constantius y se acercó al pedestal, notando que el globo de cristal estaba nublado, atravesado por vetas sangrientas de carmesí. Se inclinó sobre la esfera, maldiciendo entre dientes.

—¡Zang! —llamó—. ¡Zang!

Remolinos de bruma se agitaron en la esfera, resolviéndose en borbotones de nubes de polvo a través de las cuales figuras negras corrían irreconocibles; el acero relampagueaba como un rayo en la penumbra. Luego el rostro de Zang saltó a una nitidez estremecedora; era como si los ojos desorbitados miraran hacia Salomé. Le chorreaba sangre de una hendidura en la cabeza cadavérica, la piel estaba gris de polvo surcado de sudor. Los labios se abrieron, retorciéndose; a otros oídos que no fueran los de Salomé les habría parecido que el rostro en el cristal se contorsionaba en silencio. Pero a ella el sonido le llegó tan claro de aquellos labios cenicientos como si el sacerdote hubiera estado en la misma sala, en lugar de a millas de dis-

tancia, gritando en el globo menor. Sólo los dioses de las tinieblas sabían qué invisibles filamentos mágicos unían aquellas esferas relucientes.

—¡Salomé! —chilló la cabeza ensangrentada—. ¡Salomé!

—¡Te oigo! —gritó ella—. ¡Habla! ¿Cómo va la batalla?

—¡La perdición cae sobre nosotros! —aulló la aparición—. ¡Khauran está perdida! ¡Aie, mi caballo ha caído y no puedo zafarme! ¡Los hombres se desploman a mi alrededor! ¡Están muriendo como moscas, en su malla plateada!

—¡Deja de berrear y dime qué ha pasado! —le gritó ásperamente.

—¡Cargamos contra los perros del desierto y ellos vinieron a nuestro encuentro! —maulló el sacerdote—. Volaron nubes de flechas entre los ejércitos, y los nómadas vacilaron. Constantius ordenó la carga. En hileras parejas nos lanzamos sobre ellos al trueno.

—Entonces las masas de su horda se abrieron a derecha e izquierda, y por la brecha irrumpieron tres mil jinetes hiborios cuya presencia ni sospechábamos. ¡Hombres de Khauran, locos de odio! ¡Hombres grandes, en armadura completa, sobre caballos macizos! En cuña de acero compacta nos golpearon como un rayo. Nos partieron las filas antes de que supiéramos qué se nos venía encima, y entonces los hombres del desierto nos envolvieron por ambos flancos.

—¡Nos han rasgado las filas, roto y dispersado! ¡Es un ardid de ese diablo de Conan! ¡Las máquinas de asedio son falsas—meros bastidores de troncos de palmera y seda pintada, que engañaron a nuestros exploradores que las vieron desde lejos! ¡Un truco para sacarnos a la perdición! ¡Nuestros guerreros huyen! ¡Khumbanigash ha caído—Conan lo mató! No veo a Constantius. ¡Los khauranos arrasan entre nuestras masas enloquecidas como leones ensangrentados, y los hombres del desierto nos empluman de flechas! Yo... ¡ah!

Hubo un destello como de relámpago, o de acero tajante, una erupción de sangre brillante; luego, de pronto, la imagen se desvaneció, como una burbuja al estallar, y Salomé se quedó mirando un globo vacío que no reflejaba sino sus propios rasgos enfurecidos.

Permaneció inmóvil unos momentos, erguida, mirando a la nada. Luego palmoteó y entró otro sacerdote de rostro calavérico, tan silencioso e inmóvil como el primero.

—Constantius ha sido vencido —dijo con rapidez—. Estamos perdidos. Conan estará embistiendo nuestras puertas dentro de una hora. Si me atrapa, no me hago ilusiones sobre lo que puedo esperar. Pero antes me aseguraré de que mi maldita hermana no vuelva a subir al trono. ¡Sígueme! Pase lo que pase, daremos a Thaug un banquete.

Mientras bajaba por las escaleras y galerías del palacio, oyó un eco débil que crecía desde las murallas lejanas. La gente allí comenzaba a comprender que la batalla se inclinaba contra Constantius. A través de las nubes de polvo se veían masas de jinetes, corriendo hacia la ciudad.

Palacio y prisión se comunicaban por una larga galería cerrada, cuyo techo abovedado se alzaba sobre arcos lóbregos. A toda prisa por allí, la falsa reina y su esclavo pasaron por una puerta maciza al otro extremo, que los introdujo en las sombras tenues de la prisión. Habían salido a un corredor ancho y abovedado, cerca de donde una escalera de piedra descendía a la oscuridad. Salomé retrocedió de pronto, maldiciendo. En la penumbra del corredor yacía un cuerpo inmóvil: un carcelero shemita, la corta barba apuntando al techo mientras la cabeza colgaba de un cuello medio seccionado. Cuando voces jadeantes de abajo llegaron a los oídos de la muchacha, se encogió en la sombra negra de un arco, empujando al sacerdote tras ella, y su mano tanteó en el cingulo.

## **VI - LAS ALAS DEL BUITRE**

Fue la luz humeante de una antorcha lo que despertó a Taramis, reina de Khauran, del sopor en el que buscaba el olvido. Incorporándose sobre la mano, se echó hacia atrás el cabello enmarañado y parpadeó hacia arriba, esperando encontrar el rostro burlón de Salomé, maligno con nuevos tormentos. En cambio, a sus oídos llegó un grito de piedad y horror.

— ¡Taramis! ¡Oh, mi reina!

El sonido era tan extraño para sus oídos que creyó seguir soñando. Tras la antorcha distinguía ya figuras, el brillo del acero, luego cinco semblantes inclinados sobre ella, no morenos y de narices ganchudas, sino rostros enjutos y aguileños, curtidos por el sol. Se agazapó entre sus harapos, mirando con delirio.

Una de las figuras se adelantó de un salto y cayó de rodillas ante ella, con los brazos tendidos suplicantes.

— ¡Oh, Taramis! ¡Gracias a Ishtar te hemos encontrado! ¿No me recuerdas, Valerius? ¡Una vez con tus propios labios me alabaste, después de la batalla de Korveka!

— ¡Valerius! — balbuceó. De pronto se le anegaron los ojos de lágrimas —. ¡Oh, sueño! ¡Es alguna magia de Salomé para atormentarme!

— ¡No! — El grito vibró de júbilo—. ¡Son tus verdaderos vasallos que vienen a rescatarte! Pero hemos de darnos prisa. Constantius pelea en la llanura contra Conan, que ha traído a los zuagires al otro lado del río, pero trescientos shemitas aún sostienen la ciudad. Matamos al carcelero y tomamos sus llaves, y no hemos visto otras guardias. Pero hay que irnos. ¡Ven!

A la reina se le doblaron las piernas, no por debilidad sino por la reacción. Valerius la alzó como a una niña, y con el portador de la antorcha abriendo paso, dejaron la mazmorra y subieron por una escalera de piedra viscosa. Pareció no acabar nunca, pero al fin salieron a un corredor.

Pasaban junto a un arco oscuro cuando la antorcha fue extinguida de golpe, y el que la llevaba lanzó un alarido breve y feroz. Un estallido de fuego azul relampagueó en el corredor, en el que por un instante se perfiló el rostro furioso de Salomé, con una figura bestial agazapada a su lado; luego los ojos de los que miraban quedaron cegados por aquel resplandor.

Valerius trató de avanzar por el corredor con la reina; aturdido, oyó el sonido de golpes asesinos hundiéndose en la carne, acompañados de estertores de muerte y gruñidos bestiales. Luego le arrancaron brutalmente la reina de los brazos, y un golpe salvaje en el yelmo lo derribó al suelo.

Con tenacidad se arrastró hasta ponerse en pie, sacudiendo la cabeza en un esfuerzo por librarse de la llama azul que aún danzaba diabólicamente ante él. Cuando la vista cegada se le aclaró, se encontró solo en el corredor: solo, salvo por los muertos. Sus cuatro compañeros yacían en su sangre, con cabezas y pechos hendidos y desgarrados. Cegados y aturdidos por aquel fuego infernal soltado por Salomé, habían muerto sin oportunidad de defenderse. La reina había desaparecido.

Con una maldición amarga, Valerius recogió su espada, arrancándose el yelmo hendido para que castañeara sobre las losas; la sangre le corría por la mejilla desde un tajo en el cuero cabelludo.

Tambaleante, frenético por la indecisión, oyó una voz llamarlo por su nombre con desesperada urgencia:

—¡Valerius! ¡Valerius!

Se lanzó hacia la voz, y dobló un ángulo justo a tiempo de que sus brazos se llenaran con una figura blanda y flexible que se arrojó desesperada sobre él.

—¡Ivga! ¡Estás loca!

—¡Tenía que venir! —sollozó—. Te seguí—me escondí en un arco del patio exterior. Hace un momento la vi salir con un bruto que llevaba a una mujer en brazos. ¡Supe que era Taramis, y que habíais fallado! ¡Oh, estás herido!

—¡Un rasguño! —Apartó las manos que lo aferraban—. ¡Rápido, Ivga, dime por dónde fueron!

—Huyeron a través de la plaza hacia el templo.

Palideció.

—¡Ishtar! ¡Oh, la maldita! ¡Piensa entregar a Taramis al demonio que adora! ¡Rápido, Ivga! Corre a la muralla del sur donde la gente mira la

batalla. ¡Diles que su verdadera reina ha sido hallada — que la impostora la ha arrastrado al templo! ¡Ve!

Sollozando, la muchacha echó a correr, las sandalias leves repicando en el empedrado, y Valerius cruzó a la carrera el patio, se precipitó a la calle, desembocó en la plaza a la que daba y corrió hacia la gran mole que se alzaba en el lado opuesto.

Sus pies volaban por el mármol mientras subía la ancha escalinata y atravesaba el pórtico columnado. Evidentemente, la cautiva les había dado algún trabajo. Taramis, adivinando el destino que pretendían para ella, luchaba contra él con toda la fuerza de su espléndido cuerpo joven. Una vez se había zafado del sacerdote simiesco, para ser de nuevo derribada.

El grupo iba a mitad de la ancha nave, al otro extremo de la cual se alzaba el tétrico altar y, más allá, la gran puerta metálica, obscenamente tallada, por la que habían entrado muchos, pero de la que sólo Salomé había salido jamás. A Taramis se le escapaba el aliento en jadeos; en la pelea le habían arrancado lo que quedaba de su vestido. Se retorció en el asimiento de su captor simiesco como ninfa blanca y desnuda en brazos de un sátiro. Salomé miraba cínica, aunque impaciente, avanzando hacia la puerta tallada, y desde la penumbra que anidaba a lo largo de los muros altos, dioses lascivos y gárgolas se relamían, como imbuidos de vida salaz.

Ahogándose de furia, Valerius se lanzó por el gran pasillo, espada en mano. A un grito agudo de Salomé, el sacerdote de rostro calavérico alzó la vista, soltó a Taramis, desenvainó un cuchillo pesado, ya manchado de sangre, y arremetió contra el khaurano que venía al encuentro.

Pero cortar hombres cegados por el fuego del diablo desatado por Salomé era distinto de pelear con un ágil joven hiborio ardiendo en odio y rabia.

Alzó el cuchillo goteante, pero antes de que pudiera caer, la delgada hoja de Valerius silbó en el aire, y el puño que empuñaba el cuchillo saltó de la muñeca en una lluvia de sangre. Valerius, en frenesí, cercenó una y otra vez antes de que el cuerpo desmoronado pudiera caer. La hoja lamió carne y hueso. La cabeza calavérica cayó a un lado, el torso medio seccionado al otro.

Valerius giró sobre las puntas, rápido y fiero como un felino de jungla, buscando con la mirada a Salomé. Debía de haber agotado su polvo de

fuego en la prisión. Se inclinaba sobre Taramis, asiendo con una mano los negros cabellos de su hermana y alzando con la otra un puñal. Entonces, con un grito feroz, la espada de Valerius se hundió en su pecho con tal furia que la punta brotó entre los omóplatos. Con un chillido espantoso la bruja se desplomó, retorciéndose en convulsiones, agarrando la hoja desnuda al ser extraída, humeante y goteante. Tenía ojos inhumanos; con una vitalidad más que humana se aferraba a la vida que manaba por la herida que partía la media luna carmesí en su pecho de marfil. Se revolcó en el suelo, arañando y mordiendo las piedras desnudas en su agonía.

Asqueado ante la visión, Valerius se agachó y alzó a la medio desmayada reina. Dando la espalda a la figura retorcida del suelo, corrió hacia la puerta, tropezando en su prisa. Salió tambaleante al pórtico y se detuvo en lo alto de los escalones. La plaza bullía de gente. Unos habían acudido a los gritos incoherentes de Ivga; otros habían abandonado las murallas por miedo a las hordas que venían del desierto, huyendo sin razón hacia el centro de la ciudad. La resignación muda había desaparecido. La multitud hervía y se agitaba, aullando y chillando. Por algún sitio sonó el crujido de piedra y maderas al quebrarse.

Una banda de sombríos shemitas hendió la muchedumbre: la guardia de las puertas del norte, que corría a la puerta del sur a reforzar a sus camaradas. Tiraron de las riendas al ver al joven en los escalones, sosteniendo una figura desnuda y lánguida en los brazos. Las cabezas de la multitud se volvieron hacia el templo; el gentío se quedó boquiabierto, con nueva perplejidad en su confusión hirviente.

— ¡Aquí tenéis a vuestra reina! — gritó Valerius, esforzándose por hacerse oír por encima del tumulto. El pueblo respondió con un bramido de desconcierto. No comprendían, y Valerius buscó en vano alzar su voz sobre aquella algarabía. Los shemitas cabalgaron hacia los escalones del templo, abriéndose paso a lanzazos entre la muchedumbre.

Entonces se introdujo en la frenesí un elemento nuevo y espantoso. Desde la penumbra del templo, detrás de Valerius, vaciló una figura blanca y esbelta, enrejada de carmesí. El pueblo chilló; allí, en brazos de Valerius, colgaba la mujer que creían su reina; y, sin embargo, en la puerta del templo se tambaleaba otra figura, como un reflejo de la primera. Se les nubló la razón. Valerius sintió helársele la sangre al mirar a la bruja que se balancea-

ba. Su espada la había traspasado, partido el corazón. Debería estar muerta; por todas las leyes de la naturaleza debería estar muerta. Y, sin embargo, allí se mecía, en pie, colgándose horriblemente de la vida.

— ¡Thaug! — gritó, tambaleándose en la puerta—. ¡Thaug! Como en respuesta a aquella invocación pavorosa, retumbó desde dentro del templo un croar atronador, con chasquidos de madera y metal.

— ¡Esa es la reina! — rugió el capitán de los shemitas, alzando el arco—. ¡Matad al hombre y a la otra mujer!

Pero de la gente se alzó el bramido de una jauría alzada a la caza; habían adivinado por fin la verdad, comprendido los llamamientos frenéticos de Valerius, sabían que la muchacha que colgaba lánguida en sus brazos era su verdadera reina. Con un alarido que sacudía el alma se abalanzaron sobre los shemitas, mordiendo y golpeando con dientes, uñas y manos desnudas, con la desesperación de una furia largamente contenida, por fin desatada. Arriba, Salomé se balanceó y cayó por la escalinata de mármol, muerta al fin.

Las flechas parpadearon a su alrededor cuando Valerius corrió de nuevo entre las columnas del pórtico, cubriendo con su cuerpo el de la reina. Disparando y acuchillando sin piedad, los shemitas a caballo mantenían su puesto contra la muchedumbre enloquecida. Valerius se abalanzó hacia la puerta del templo; con un pie en el umbral, retrocedió, gritando de horror y desesperación.

Desde la oscuridad en el extremo opuesto de la gran nave se alzó una forma vasta y negra: vino a la carrera en brincos gigantescos, como de rana. Vio el brillo de ojos enormes e inhumanos, el relumbre de colmillos o garras. Retrocedió de la puerta, y entonces el zumbido de un asta junto a su oreja le advirtió de que la muerte también estaba detrás. Giró desesperado. Cuatro o cinco shemitas habían abierto brecha en la multitud y espoleaban sus caballos escalinata arriba, con los arcos alzados para abatirlo. Se lanzó tras una columna, contra la que se astillaron las flechas. Taramis se había desmayado. Colgaba como muerta en sus brazos.

Antes de que los shemitas pudieran soltar otra andanada, la puerta quedó cegada por una figura gigantesca. Con alaridos de pavor los mercenarios hicieron girar las monturas y comenzaron a abrirse paso a golpes frenéticos

por la muchedumbre, que se apretujó hacia atrás en súbita, galvanizada horror, pisoteándose en la estampida.

Pero el monstruo parecía tener la vista fija en Valerius y la muchacha. Apretando su enorme y vacilante mole por la puerta, se lanzó a brincos hacia él, que bajó los escalones a la carrera. Lo sintió cernirse tras él, sombra gigantesca, caricatura de la naturaleza recortada del corazón de la noche, una negrura informe de la que sólo se distinguían los ojos fijos y los colmillos relucientes.

Se oyó de pronto un trueno de cascos; una turbamulta de shemitas, sangrientos y maltrechos, cruzó la plaza desde el sur, arando a ciegas por la multitud compacta. Tras ellos barría una horda de jinetes que gritaban en lengua familiar, blandiendo espadas rojas: ¡los exiliados, de vuelta! Con ellos cabalgaban cincuenta jinetes del desierto, de barbas negras, y a su cabeza una figura gigantesca en malla negra.

—¡Conan! —chilló Valerius—. ¡Conan!

El gigante lanzó una orden. Sin frenar su carrera, los hombres del desierto alzaron los arcos, tensaron y soltaron. Una nube de flechas cantó sobre la plaza, por encima de las cabezas hirvientes de la muchedumbre, y se hundió hasta las plumas en el monstruo negro. Éste vaciló, titubeó, se irguió, mancha negra contra las columnas de mármol. De nuevo cantó la nube aguda, y otra vez, y el horror se desplomó y rodó por los escalones, tan muerto como la bruja que lo había llamado desde la noche de los siglos.

Conan tiró de las riendas junto al pórtico y saltó a tierra. Valerius había tendido a la reina en el mármol, hundiéndose junto a ella en agotamiento absoluto. La gente se arremolinaba, apretujándose. El cimero los maldijo para que retrocedieran, alzó la oscura cabeza de la reina y la recostó contra su hombro acorazado.

—Por Crom, ¿qué es esto? ¡La verdadera Taramis! ¿Pero quién es aquella de allí?

—El demonio que llevaba su forma —jadeó Valerius.

Conan prorrumpió en blasfemias de corazón. Arrancando una capa de los hombros de un soldado, envolvió con ella a la reina desnuda. Las largas pestañas oscuras le temblaron en las mejillas; abrió los ojos, y miró, incrédula, el rostro cicatrizado del cimero.

—¡Conan! —Sus dedos suaves lo asieron—. ¿Sueño? Ella me dijo que estabas muerto...

—¡Ni por asomo! —Sonrió con dureza—. No sueñas. Vuelves a ser reina de Khauran. He roto a Constantius allá por el río. La mayoría de sus perros no vivió para llegar a las murallas, porque di orden de no tomar prisioneros —salvo a Constantius. La guardia de la ciudad nos cerró la puerta en las narices, pero irrumpimos con arietes colgados de las sillas. Dejé fuera a todos mis lobos, salvo a estos cincuenta. No me fié de ellos aquí dentro, y estos muchachos de Khauran bastaron para los guardias de la puerta.

—¡Ha sido una pesadilla! —sollozó—. ¡Oh, mi pobre pueblo! Debes ayudarme a intentar resarcirles de cuanto han sufrido, Conan, desde ahora consejero además de capitán.

Conan rió, pero negó con la cabeza. Enderezándose, puso a la reina en pie y llamó con un gesto a varios de sus jinetes khauranos que no habían continuado la persecución de los shemitas que huían. Saltaron de sus caballos, ansiosos por cumplir la voluntad de su reina recobrada.

—No, muchacha, eso se acabó. Soy jefe de los zuagires ahora, y debo guiarlos a saquear a los turanios, como les prometí. Este muchacho, Valerius, te hará mejor capitán que yo. Yo no nací para vivir entre muros de mármol. Pero debo dejarte ya y completar lo que he empezado. Aún quedan shemitas vivos en Khauran.

Cuando Valerius empezó a seguir a Taramis a través de la plaza hacia el palacio, por una calle que se abría en la muchedumbre que vitoreaba como loca, sintió unos dedos suaves deslizarse tímidos en los suyos y se volvió para recibir en sus brazos el cuerpo esbelto de Ivga. La apretó contra sí y bebió sus besos con la gratitud de un luchador cansado que por fin ha alcanzado reposo tras tribulación y tormenta.

Pero no todos los hombres buscan reposo y paz; algunos nacen con el espíritu de la tormenta en la sangre, inquietos heraldos de violencia y derramamiento, que no conocen otra senda...

El sol estaba saliendo. La antigua ruta de caravanas se hallaba atestada de jinetes de túnicas blancas, en una línea ondeante que se extendía desde las murallas de Khauran hasta un punto lejano en la llanura. Conan el cimero estaba a la cabeza de esa columna, cerca del extremo astillado de una viga

de madera que sobresalía del suelo. Junto a aquel muñón se alzaba una cruz pesada, y en esa cruz un hombre colgaba por espigas clavadas en manos y pies.

—Hace siete meses, Constantius —dijo Conan—, era yo quien colgaba ahí, y tú quien estabas aquí sentado.

Constantius no respondió; se humedeció los labios grises y tenía los ojos vidriosos de dolor y miedo. Los músculos se le retorcían como cuerdas a lo largo del cuerpo enjuto.

—Eres más apto para infligir tormento que para soportarlo —dijo Conan con tranquilidad—. Yo colgué de una cruz como cuelgas tú, y viví, gracias a ciertas circunstancias y a una resistencia peculiar de los bárbaros. Pero vosotros, civilizados, sois blandos; vuestras vidas no están clavadas a vuestras espigas dorsales como las nuestras. Vuestra entereza consiste sobre todo en infligir tormento, no en soportarlo. Estarás muerto antes de la puesta de sol. Y así, Halcón del desierto, te dejo a la compañía de otra ave del desierto.

Señaló a los buitres cuyas sombras barrían las arenas en su girar de parábolas. De los labios de Constantius brotó un grito inhumano de desesperación y horror.

Conan tiró de las riendas y cabalgó hacia el río, que relucía como plata al sol de la mañana. Detrás de él, los jinetes de blanco quebraron al trote; la mirada de cada uno, al pasar cierto punto, se volvía impersonal y con la falta de compasión del hombre del desierto, hacia la cruz y la figura enjuta que colgaba allí, negra contra el amanecer. Los cascos de sus caballos tañían un responso en el polvo. Más y más abajo se abatieron las alas de los buitres hambrientos.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**